

## CUESTIONES DE POESÍA Y POLÍTICA

Seguramente no es ocioso que alguien comience el delicado intento de alumbrar algunas demarcaciones entre la poesía y la política, sin que para ello sea por fuerza impedimento la unilateralidad del interés, afanoso ante todo en este caso de defender la poesía, ya que, a la postre, la claridad que se logre será tan beneficiosa para una cosa como para la otra. Pues aunque por fortuna parece que el mundo inicia en esto un declive después de un máximo, han solido andar ambas actividades un tanto entremezcladas, con daño mutuo. Por una parte, las diversas políticas han solido buscar como tantos a favor la notoriedad social de las figuras poéticas como recurso decorativo y propagandístico, al paso que, por su parte, no pocos poetas han visto en la política el campo para su ambición de gloria y poder, que el estricto y honesto desempeño de su oficio no les daría tan fácilmente. El resultado es que se han enturbiado un poco las cosas, con perjuicio común. Hoy la opinión vulgar augura pesimistamente iguales relaciones entre la política y la poesía que entre la piedra y el cántaro del refrán. Pero, aunque no falten razones para esta opinión, probablemente no es necesario que sea así. Eso es lo que a continuación hemos de ver. Desde el momento en que política y poesía son actividades naturales del espíritu, ha de haber una relación mutua normal y legítima entre ellas, una "complicación", como dice ahora la terminología filosófica. En estas reflexiones, con carácter de mero esbozo, hablamos desde la poesía.

Pero antes querríamos recordar, siquiera de pasada, una frase de José Antonio, muy expuesta a equívocos: "A los pueblos nunca les han movido más que los poetas." Ha sido muy corriente entender esta frase en sentido de que el político debe estar revestido de cualidades poéticas, o quizá más bien, artísticas; es decir, que debe ser un "virtuoso del poder", imaginativo y creador, a esa manera mítica y heroica que ha arruinado a Europa.

El hecho de que en José Antonio tuviera primacía la condición intelectual sobre la política práctica nos permite opinar que esta frase significa lo más obvio, es decir, que la Historia es sólo dirigida por los grandes ideales —míticos o no, ésta es otra cuestión—, que poetas y pensadores son los encargados de alumbra-  
brar.

Y, aunque esto convenga dejarlo para mejor ocasión, el hecho de que Platón considere al poeta solamente como mitopoeta, como ebrio poseído del dios (véase el *Ion*), es cabalmente lo que le mueve a expulsarle de su república como elemento irracional y perturbador, aunque con su máxima admiración y devoción, de forma que se trata sólo de una interferencia, de una incompatibilidad de hecho entre las dos formas de ascenso a lo divino; la mística, personal e intransferible, y la racional, útil para todos en todo momento, es decir, válida políticamente.

Pero vamos ya a entrar en materia ofreciendo un ejemplo en que la política ha dañado a la poesía. En efecto, las presentes reflexiones han sido provocadas por la lectura de la *Antología de Pablo Neruda*, hecha por Arturo Aldunate en la Editorial Nascimento, de Santiago de Chile —antología, por cierto, que ofrece la originalidad de estar hecha a contrarrio, es decir, empezando por lo más reciente y terminando por lo más antiguo—. Es innecesario que hablemos aquí de la figura de Pablo Neruda y de su conocida filiación política, que, como se verá, no interesa aquí tanto por su contenido ideológico como en abstracto, en cuanto tal hecho de filiación. Igualmente innecesario será, sin duda, que hagamos constar, para evitar equívocos, su rango supremo en la lírica hispanoamericana, y como tal, nuestra admiración. Neruda ya había dicho en el manifiesto "Sobre una poesía impura" que encabezaba el número 1 de *Caballo verde para la poesía* (Madrid, 1935): "Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, *creencias políticas*, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos."

Pero la triste verdad es que el autor de *Residencia en la tierra* ha descendido en algunas ocasiones el nivel de su obra por causa de la política. Dejando ahora el todavía inacabado *Canto*

*general de Chile* —bien poco comunista, por cierto—, esto se advierte claramente en los poemas de *España en el corazón*. Cuando se canta simplemente a España, Neruda es tan buen poeta como nunca. Así en el trozo titulado “Cómo era España”:

*Era España tirante y seca, diurno  
tambor de son opaco,  
llanura y ruido de águilas, silencio  
de acotada intemperie.*

*Cómo, hasta el llanto, hasta el alma  
amo tu duro suelo, tu pan pobre,  
tu pueblo pobre, cómo hasta el hondo sitio  
de mi ser hay la flor perdida de tus aldeas  
arrugadas, inmóviles de tiempo...*

Y otro tanto, cuando el tema es objetivado, fuera de su motivación guerrera, como en el enérgico “Canto sobre unas ruinas”:

*Esto que fué creado y dominado,  
esto que fué humedecido, usado, visto,  
yace —pobre pañuelo— entre las olas  
de tierra y negro azufre...*

Pero la poesía se ausenta de sus versos cuando éstos se hacen panfletarios, tal como en “Almería” y “El general Franco en los infiernos”, o vanamente propagandísticos —salvo fragmentos—, como en “Antitanquistas”, “Llegada a Madrid de la Brigada Internacional” o “Canto a las madres de los milicianos muertos”. Y hay algún caso en que un poema que empieza en la más pura y emocionante altura poética, se desploma en cuanto aparece en escena la pasión política. Tal ocurre en el fragmento titulado “Explico algunas cosas”. La delicia de la primera mitad,

*... Yo vivía en un barrio  
de Madrid, con campanas,  
con relojes, con árboles.*

*Desde allí se veía  
el rostro seco de Castilla  
como un océano de cuero.*

*Mi casa era llamada  
la casa de las flores, porque por todas partes  
estallaban geranios: era  
una bella casa  
con perros y chiquillos...*

se quiebra en cuanto llega a

*... Bandidos con aviones y con moros,  
bandidos con sortijas y duquesas,  
bandidos con frailes negros bendiciendo  
venían por el cielo a matar niños...*

Todo el que haya vivido la época roja, con su asfixiante y monocorde propaganda, tiene que sentir por fuerza, al llegar aquí, una abrumadora sensación de hastío y aplebeyamiento, más fuerte quizá, en el recuerdo, que el peso de los crímenes ocultos tras esos gritos de dolor y el energumenismo sin vacación de periódicos, radios y carteles.

Pero siquiera, al hablar de España, no siempre está expuesto Neruda a la tentación ideológica; por el contrario, en el célebre "Nuevo canto a Stalingrado", la poesía, en vez de ausentarse pádicamente para dar paso al panfleto o al cartel, contubernia con el propagandismo, engendrando una retórica "para la galería", cuyo éxito entre la masa debiera haber intranquilizado la conciencia del autor de *Residencia en la tierra*. (En México, llegó a fijarse este poema en carteles callejeros por los "Amigos de la U. R. S. S."):

*... Guárdame un trozo de violenta espuma,  
guárdame un rifle, guárdame un arado,  
y que lo pongan en mi sepultura  
con una espiga roja de tu estado,  
para que sepan, si hay alguna duda,  
que he muerto amándote y que me has amado,*

*y si no he combatido en tu cintura  
dejo en tu honor esta granada oscura,  
este canto de amor a Stalingrado.*

La cosa ya es más grave. Ha aparecido el latiguillo, el recurso deliberadamente captador. *La poesía es utilizada*, atentado máximo contra su esencia.

Pero ¿cabrá, en principio, inducir una razón general que nos indique cuáles serán las buenas y las malas relaciones entre poesía y política? Porque casos como el que hemos visto nos podrían hacer creer que la política es el ogro devorador de la poesía. Yo creo que sí cabría intentarlo. Para ello, lo primero habría de ser recordar cuál es el ámbito de las dos actividades, recurriendo, si es preciso, al tribunal supremo de la metafísica. La política tiene como objeto realizar el bien en la organización y gobierno de las colectividades humanas. Por eso, en ella entran algo universal, ese "bien", y algo eventual, determinante, que es la colectividad concreta, con su repertorio humano y geográfico de posibilidades y necesidades, es decir, con sus características peculiares que hacen de ella un verdadero individuo. La poesía, en cambio, tiene un sentido en cierto modo inverso; desde la concreción del poeta que la hace, entra inicialmente a un ámbito universal, a realizar la verdad y la belleza. Un verso que no afecte, que no *importe* lo mismo a un español que a un tibetano, y que a un hombre de dentro de dos mil años, no es poesía.

Por ende, no puede ser objeto de la poesía, en primer lugar, lo que se refiera a la particular idiosincrasia de una comunidad política. Refiriéndose al subjetivismo "fin de siglo", Antonio Machado dice que entonces "el poeta sólo pretendía cantarse a sí mismo, o cuando más el humor de su raza". Y es el mismo don Antonio quien, por boca de Juan de Mairena, ha dejado esclarecido, de una vez para siempre, que la poesía es la expresión de lo genérico, de lo elemental humano, nunca de lo particular.

En segundo lugar, también es extraña a la poesía toda convicción *ideológica*. Quiero remachar lo de ideológica. El lenguaje poético no se puede dejar ir por la ladera de las ideas, de los conceptos y juicios abstractos, como tampoco por la mera emotividad de los sentimientos particulares, íntimos, o sea incomuni-

cables; ha de quedarse en medio, sin renunciar a nada, pero sin tirar por ningún camino especializado. Por eso, de una convicción política, sólo puede entrar a formar parte legítima de una poesía lo que es anterior a la ideología, sus hondas raíces en el hombre y en Dios. Lo que una pasión o posición política suponga de concepción del hombre y del universo, eso sí puede dar lugar a poesía.

Pero, naturalmente, dentro de cualquier concepción de lo elemental y genérico del hombre, se halla siempre su dimensión necesaria de ser colectivo y enraizado en una tierra. Desde esta dimensión es como una poesía puede —y aun debe— ser política. Este sentimiento primario forma parte, o proviene inmediatamente, de lo que Dilthey en su *Poética* clasificó como “quinto círculo sentimental”, compuesto de “estímulos materiales aislados que afectan la vida total y de cuyo contenido íntegro nos percatamos por los sentimientos... De las profundidades del sentimiento sensible surgen el instinto de nutrición, el instinto de conservación o el deseo de vivir, el instinto de reproducción y el amor a la descendencia” (pág. 87, ed. Losada). En este orden se sitúa asimismo el sentido de la colectividad —arraigada, no lo olvidemos nunca, en una determinada morada geográfica—.

Mas como las colectividades son múltiples, sólo puede ser objeto de poesía, según lo antes dicho, aquello que sea común a todas. Por ejemplo, el estar expuestas a daño o conflicto por parte de las demás. Un canto de guerra tirteico contra los invasores, una elegía ante la inminencia o la llegada de la catástrofe de un pueblo, tienen perfecta posibilidad de ser poesía, puesto que se engendran en algo elemental y genérico del hombre. Por el contrario, no es de suyo tema poético una forma de gobierno, en cuanto tal forma, sólo válida para determinadas circunstancias de tiempo y espacio. Piénsese en los esenciales inconvenientes, por ejemplo, de una oda a la democracia, o al consulado, o a la dictadura.

No obstante, ya indicamos que la colectividad se compone no sólo de hombres, sino también de la tierra que los sustenta. La tierra, como parte de este complejo indivisible que es la patria, tiene un valor poético distinto al que tiene, considerada como pura naturaleza. Esto se advierte, especialmente, en los versos de los desterrados políticos. Nunca poetizan las imágenes recordadas de su patria sólo en su honda sugestión de hechos naturales —como

solían hacer cuando en ella vivían—, sino como hogar de su estirpe, mezclada y anclada en esa tierra por sus muertos. Para que una tierra tenga significado humano son menester los muertos, que hacen una sola cosa de hombres y tierra, reunidos en el tronco de la tradición.

De todo esto se desprende que la política no siempre ha de ser el ogro de la poesía, y que también hay un modo legítimo de “poesía política”. No es ésta la ocasión de hacer una minuciosa excursión histórica agavillando los ejemplos. Empecemos por tomar uno a mano: el libro *Campos de Castilla*, de Antonio Machado. Liberado el poeta por completo del subjetivismo que era ambiente de su primera época, aparece en él una veta constante de preocupación patriótica, visible en poemas como “A orillas del Duero”, “El dios ibero”, “Del pasado efímero”, “El mañana efímero”, “Al libro Castilla, de Azorín”, “A una España joven” y “España, en paz”. En cambio, no es tan fácil de tomar en su verdadero alcance la producción de Machado posterior a 1936. Sin inconveniente de estudiar el tema en otra ocasión con toda la minuciosidad que haga falta, conviene, por devoción al mismo Machado, salir al paso del abuso que de sus escritos en tiempo de guerra se ha hecho —véase la edición mejicana de Bergamín, más escrupulosa en recoger cartitas tontas como la de María Carnelli que en no olvidar viejos artículos, como las estupendas “Reflexiones sobre la lírica” (*Revista de Occidente*, 1925), o alguno más que podríamos citar, o sencillamente en eliminar erratas, que no se pone para menos en el colofón “al cuidado tipográfico del poeta Emilio Prados”—. No se trata en este momento en combatir ideologías, sino en reivindicar al poeta para la poesía. Dionisio Ridruejo ya dijo en su prólogo —“El poeta rescatado”— a la edición de 1941 de las *Poesías completas* de Machado (Espasa-Calpe, Madrid) mucho de interés a este respecto. Ridruejo hablaba como poeta y además como falangista, y sin equivocar las cosas. Como falangista, por ejemplo, hizo ver que alguna de las actitudes ideológicas de Machado que se podían señalar como muestra de una filiación determinada —tal el antiseñoritismo, con todo lo que le acompaña—, no era patrimonio exclusivo de ningún bando. En efecto, daba la casualidad de que en este tema, como en algún otro, el escritor con que más

coincidía Antonio Machado era José Antonio Primo de Rivera. Por otra parte, es evidente para cualquiera que hubo en Machado un despiste informativo sobre nuestra guerra, nada extraño en persona de su edad y distracción. Ni a los más cerrados propagandistas se les ocurría —entonces, no digamos después— reducir la guerra a esquemas como éste:

*Alguien vendió la piedra de los lares  
al pesado teutón, al hambre mora  
y al ídolo las puertas de los mares.*

Otro asunto hay más complicado, y es el de la sovietofilia de ciertos textos. Pero, a la hora de la verdad, se encuentran algunas afirmaciones entre ellos que arrojan luz sobre los demás. Por ejemplo, hacia el final de su estudio "Sobre la Rusia actual", dice:

"... Y volvamos a la Rusia actual, la Rusia soviética que dice profesar un puro marxismo. El fenómeno parece extraño. La Historia es una caja de sorpresas... Pero el hecho no es tan sorprendente como a primera vista pudiéramos juzgarlo. Es muy posible, casi seguro, que el alma rusa no tenga en el fondo y a la larga demasiada simpatía por el dogma central del marxismo, que es una fe materialista, una creencia en el hambre como único y decisivo factor de la Historia. Pero el marxismo tiene para Rusia, como para todos los pueblos del mundo, un valor instrumental inapreciable. El marxismo contiene las visiones más profundas y certeras de los problemas que plantea la economía de todos los pueblos occidentales..."

Mi tesis es ésta: la Rusia actual, que a todos nos asombra, es marxista, pero es mucho más que el marxismo..."

Y, en definitiva, su actitud respecto al marxismo ya la expuso sinceramente y con valentía asombrosa, sobre todo si se tiene en cuenta el modo y lugar —"Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas", 1.º de mayo de 1937— :

Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. Mi pensamiento no ha seguido la ruta que descende de Hegel a Carlos Marx. Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso, de una educación demasiado idealista, me falta simpatía



por la idea central del marxismo; me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la Historia. Veo, sin embargo, con entera claridad, que el Socialismo, en cuanto supone un manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que ésa sea la gran experiencia humana de nuestros días, a que todos de algún modo debemos contribuir...

Ya en "Juan de Mairena" había dicho graciosamente: "La reducción del problema humano a la fórmula un *hombre* = un *hambre* es anunciar con demasiada anticipación el *apaga-y-vámonos* de la especie humana.

Como ya dejé indicado al principio, parece que todas las lecciones van siendo aprendidas. Por lo menos, en España, y después de nuestra guerra, los mejores poetas han sabido no incurrir en tentaciones de ideología política. El sentimiento patriótico y el político viven en su verso como deben vivir. Desde Unamuno y Machado no estaba lo español tan hecho sangre poética, luz de las cosas. Algún ejemplo citaremos al azar. El gran poema --todavía inacabado-- "La estancia vacía", de Leopoldo Panero, tiene continuamente en su transcurso el horizonte de la Patria tras el sueño y el recuerdo personal.

... Lejos, lejos,  
 mientras la luz se marcha y se desprende  
 del corazón de Dios la primavera,  
 yo sueño mi camino...  
 Ciudades y ciudades, largas leguas  
 de lindes torreadas, horizontes  
 vehementes para el pájaro, llanadas  
 absortas, nombres fúlgidos un día...  
 Hoy brota como un vaho de la tierra  
 nuestro recuerdo y sólo el humo sube  
 del corazón decrepito, aventado  
 detrás de las techumbres estelares;

*yermos campeadores de la muerte,  
rotos muros de Dios, ruina del cierzo,  
anchura del dolor, hogar de España...*

Pero el más concreto ejemplo del sentimiento patriótico en la poesía nos lo han dado los magníficos "Sonetos del amor amargo por España", de Alfonso Moreno (*Escorial*, núm. 54). Siendo todos logrados, el recuerdo elige a capricho alguno. Así, "El pozo nuevo":

*Cuando mi corazón sólo se hacía  
y estrenaban mis ojos la memoria,  
—dorada piedra al sol— de aquella gloria  
que fué Segovia en brazos de otro día;*

*Cuando yo, sin saberlo te aprendía  
viendo tu piel de trigo transitoria,  
y en el lenguaje, como lenta noria,  
tu oscura y fresca vena me subía;*

*Cuando no eras mandato, sino cuna;  
cuando eras nacimiento y no costumbre,  
y Dios, la muerte y tú, jueces jugando*

*dentro de mi inocencia, con la luna;  
cuando yo estaba niño ante la lumbre  
y era el dolor un pozo nuevo. Cuando...*

O "Quiere mirar la sangre":

*Si mi sangre tuviera pensamiento,  
mientras ciega va y viene, ¿soñaría  
con verme, igual que sueño, España mía,  
saber tu rostro y conocer tu acento?...*

O "A las rocas" o "Luchar no es triste"... Pero no podemos citar más. Entre los más jóvenes, Eugenio de Nora ha escrito una serie de poemas con el título "España mía", de los que algunos aparecieron en su libro *Cantos al destino*:

*Como el amor se calma sólo  
 con la presencia de la amada,  
 antes que el sol me he desvelado  
 por ver tu rostro hermoso, España.  
 Pues más que nunca el amor duele  
 si lo aprendemos y nos falta.  
 Mas la noche es soledad. Tiene,  
 indiferentes o lejanas,  
 estrellas, sombras, luna o sueño.  
 Sólo un olor a tierra brava  
 hace sentir que el suelo es barro  
 de amor, de origen y esperanza...*

Pero no se trataba aquí de estudiar exhaustivamente la cuestión. Nuestro intento era sólo hacer presente el problema de la relación entre estas dos actividades humanas, lanzando algunas posibles directrices para desentrañarlo. Otras aportaciones podrían precisar mejor el camino de la solución.

JOSÉ M.<sup>a</sup> VALVERDE.